DENTRO DE LA CUENTATICA CORTAZIANA

ROTULACION

Alucinación del escribir, Cortázar sometiéndose al dictado de lo narrativo. No es que vaya a vocearse que se conozca o no la geometría. Tampoco cabe regodearse en ausencias de monólogos o de diálogos. ¿Qué simbólica tiene el acercarse a un escritor, meterse en sus entresijos y desdeñando las útiles apariencias? Mareas de gozosa y gozada contemplación, cuando hay bajamar lo mismo que cuando hay altamar, mareas en cuyo dinamismo se acuna la experiencia lúdica. ¿No quedamos, así por las buenas y sin demostración alguna, que vivir y soñar es lo más preciado del viaje terrestre y mortal de los hombres? Juguemos, soñemos, que si se sufre al escribir es que eso comporta su recompensa fluyente y al mismo tiempo; simultáneamente brota y se derrama en la páginas que se van escribiendo un placer rotundo, jugoso, y a ratos inmenso, dominador. Lo del espíritu geométrico que se leía al entrar en calles o en moradas que Platón escogía en aceptación o en prohibición no llama a engaño. Pero el quehacer de la literatura ahonda y escudriña en cualquier circunstancia. No es el tiempo, y tampoco la pereza. Todo se confabula en un maravilloso estado de crisis, en una espléndida estética caótica. Las palabras con su poderío iconoclasta. Un escritor frente a sus cánticos y a sus angustias. Un universo y una tentación. Como cuando el grafismo y el color rellenan el espacio plástico de la pintura. Correspondencias, como decía Baudelaire, interpenetraciones mil. Ir equilibrando cuanto acaece en la escritura, la estructuración razonada y la estructuración salvaje o incontrolada. Intuición e inventiva, como si fuesen los dos polos de la página que en su desnudez aguarda, la palabra habitable y que por pura entrega va a ser habitada. ¿Dónde estamos? ¿Con qué sensibilidad actuamos? Todo se teje y se desteje. La antropología de la interioridad más exigente se inserta en innovaciones y tradiciones. Un haz, o una gavilla, humanismo que acarrea la labor del arado para la siembra con vistas a la cosecha. Elementalidades de lo mítico y de

lo utópico. ¿No nos es urgentemente presente lo imaginario? La escritura, con sus silencios y sus gritos, haciéndolo precisamente adrede. Fórmulas con su encadenamiento apasionado, esto es, ideológico, en susurros o en clamores. La imposible frialdad de la geometría. ¿Qué es la cuentática sino la poética de la narrativa corta? Preguntas y corolarios deducidos casi como respuestas. O, algunos dirán, como axiomas. El escritor con sus fantasmas. Con el estilo en vanguardia, y es que cada escritor aporta su propia metodología, su más caracterizada respuesta. Mundos que se abren y hasta se cierran. Claridad y hermetismo en la realización de lo teórico: de la cuentática se pasa al texto, al cuento. Un lenguaje de poesía, es lo que creo. El afán poético, el encaminamiento poemático. Primera y última realidad de los espejos. Lo banal y lo insólito. El admirable vértigo del caos. Sin objetividad escrupulosamente placentera. Eso no existe. El escritor con sus ofrendas; asimismo, el escritor con sus mecanismos personales, suyos y por eso mismo responsables. La cuentática, ese adentrarse en lo claro y en lo oscuro, el planteamiento y la fusión de todos los factores del momento de escribir. Julio Cortázar descorre sus cortinas y nos deja penetrar en su progresiva situación de la escritura. El cuento, la meta cambiante, intercambiante. Una comarca cuyos rótulos nos indican imaginación y realidad, como siempre ocurre. Como dijeron Buffon y luego Azorín: la vida crea el estilo; no hay más infalible estilística que la que forja la vida. Exactitud de lo exacto, sin pleonasmos, sin posibilidad de paradoja. Cortázar, en sus paulatinas definiciones. Una manera de escribir lejos de lo varado. Narrativa sin ancla adormidera. Un autor que se pierde por la pluma, igual que la perdiz se pierde por el pico. Vivir, soñar, morir. Cortázar en su seriedad y en su placer.

SIMPLE PERSPECTIVA

Se borra uno a medida que la realidad desaparece. ¿Todo se reduce al eco? Algo hay, y lo cualitativo tiene que surgir de lo cuantitativo. Es manantial a ratos, y asimismo es noria, lo terco y lo obstinado. La escritura, la alegría de escribir. La literatura no se borra, no queda borrada. Existe pese a posibles olvidos. Siempre emerge la memoria analizadora, la crítica recordadora. Una memoria para la obra escrita. No es problema olvidar que existimos. Una filosofía natural y entrañable dice que más acuciante es que se olvide la no existencia, que no existimos. Escribir, acto para aferrarse a un clavo ardiendo. La realidad y los sentimientos. La imaginación y un arte humanizado. Por eso Borges, y acaso como quien no quiere la cosa, jugueteando

porque se une a la literatura mientras renueva e indaga, dijo una vez (hasta pudiera creerse que con la supersticiosa ética del lector que es su manera de ser y de leer): «Conozco poco la obra de Cortázar; pero lo poco que conozco, algunos cuentos, me parecen admirables. Además, tengo el orgullo de haber sido el primero que publicó uno de sus trabajos.» No hay escapatoria: la memoria emplea su función recordadora. Extrae anotaciones que para siempre son representativas, que al decantarse se fosilizan (en el buen sentido del vocablo, esto es, en la persistencia, en la perduración y supervivencia) y proclaman lo que en su tiempo de lectura fue impresión debidamente adecuada y atinada a más de oportuna.

Estas palabras borgianas las copié un día, pensando tal vez en utilizarlas, como ahora que llega la ocasión. No tengo otra referencia. No sé de dónde las saqué. Seguro es que reflejan dos facetas auténticamente calificativas en la obra de Cortázar: por un lado, el haber escrito cuentos, y por otro lado, el que estos cuentos sean (pareciéndoselo así a Borges pese a «conocer poco» esa obra) admirables.

Cuentos, una parcela destacadísima en el conjunto narrativo cortaziano; relatos cuya brevedad (algo relativa en ciertos casos) vibra como las cuerdas de un instrumento musical. Se lee, no surge el olvido, y prolóngase la resonancia. No desaparece el ambiente cuentístico, nace la emoción o el gozo o el interés (en fenómenos sueltos o agrupados, ¿por qué no?), lo literario no se borra. Es, precisamente, lo contrario lo que se observa: que se alza la realidad de la escritura cortaziana, y que nadie puede olvidar al escritor. Silencio para la palabra. Porque ya existe y no cunde la tendencia al olvido. O son los pasos en la arena o en la nieve; como tales pasos desaparecen, son pasos realmente dados, realmente encaminados. Lo es el cuento, lo es su memoria. Cortázar, escritor de cuentos, y algunos son admirables. Ritos, actos ceremoniales. La lucidez de la lectura, la lucidez de la introspectiva. La obra de Cortázar, en su poética, en su cuentática que es (ya lo situé así) la poemática de sus relatos. Esencialidad, y alcanzándose lo admirable en algunos cuentos; lo decía Borges, se comparte su opinión, pluralidad de miradas y de memorias en un esquema de crítica.

¿Es el intenso sacrificio de mirar y sentir con alas imaginativas? Parábola en la edad eterna de no dejar nada, de quedarse con todo. Arraigo tal vez narrativo de una profunda cuentática. Una literatura en cuentos, de cuentos, y sabida es la vieja posición humana de que vivir también es contar. Lo es para Cortázar. La situación de escribir, los componentes en un cuento.

Aunque en el paisaje de la literatura española sea más o menos insólito el vigor y el uso de la maginación, el gallego-castellano Torrente Ballester subrayaba que la invención es una necesidad: «literatura es imaginación». ¿Con lindes que se aproximan o alejan? El poder imaginativo, alianza con el poder intuitivo, y ahí reside el nacimiento de la literatura, de la narrativa en respuesta personal y precisa. Lo concreto se llama, en cuentos y en su filosofía de cuentática, alianza de intuición y de imaginación. Casi estoy definiendo tentativas de una lucidez racional-irracional. Hambre y sed de poesía. Estamos todos de acuerdo en que escribir corresponde al tuétano práctico (que arranca de esas mareas de pleamar y de bajamar en lo sensible y en lo memorístico de la realidad a que ya aludí) de la literatura. ¿Iba a dejar de serlo en Cortázar cuentista?

No todo puede determinarse como arte comunicativo (aunque tan sólo sea para la dialéctica de las soledades del propio escritor) que serpentea y se muerde la cola. Conviene hablar a las claras y al desnudo. Una traslación de los hechos imaginarios a las casillas de la realidad y viceversa. También una realidad de ensueños y una poesía refranera. Lo cortaziano busca creatividad arriba (como el agua río abajo, hasta su desembocadura), integración humano-poética en la ficción. Con la trabazón de lo que él considera imaginación responsable (teórica luz de lo racional podría decirse) que se integra con su imaginación pura o no responsable (luminosidad de los sueños y de las aduanas intuitivas podría estipularse), formándose un tejido narrativo ultimado.

Literatura, por lo tanto, en encrucijada doble: es escribir y es imaginación; también resulta que es darse cuenta de ello, existir de veras. Dicho de otro modo: «nul ne peut écrire s'il n'a le coeur pur», lo que dijo Claude-Edmonde Magny *(Lettre sur le pouvoir d'écrire).*

Acúdase a frases cortazianas: «Mi imaginación me está dando los elementos para una historia y de ahí sale un cuento... Tengo que escribirlo .. La imaginación (y yo aclaro, "la otra imaginación", la pura, la no responsable) es la que en realidad me ha dado casi todos mis cuentos» (1). Se atreve a desnudarse, esclarécense facetas entre lo hermético y lo especificado en el cuento de cuentática muy suya: «No estoy muy seguro de ser el verdadero autor de los cuentos. La noción de eso que se va a convertir en un cuento me viene en una medida que no tiene nada que ver conmigo: una especie de invasión.» Ya se está jugando, lo lúdico es admirable presentimiento

(1) «Entrevista con Cortázar», Manuel Osorio, *Triunfo* núm. 762, 1977.

y también atinada floración de la palabra poético-narrativa. ¿Otro universo? ¿La participación caótico-coherente de lo que solía llamarse en otras épocas «la inspiración»? Escuchemos de nuevo, en esa entrevista: «La idea, el sentimiento de un cuento, me viene a mí como si un poder exterior a mí o muy profundamente metido en mí me dictase, me llevase a hacer algo, y empujado, sometido a esa fuerza, yo tengo que hacerlo.» O sea, tiene que escribir el cuento que ahí anda revoloteando, tiene que escribirlo. Es casi una fórmula conocida: escribir al dictado. Escribir, la escritura en estado de gracia, la escritura «inspirada». ¿Es que se siente uno enriquecido por semejante empuje, por esa casi escritura automática, dictándosenos lo soñado, lo vivido, lo inventado? Operación que se asemeja a una vigorización surrealista. La inspiración y la dicha de escribir. Lo lúdico, ese momento dionisíaco y hasta autobiográfico, el cuento y su plasmación, ese «tener que hacerlo», ese verse obligado a escribirlo. En tiempo de juego y de satisfacción que se aparenta a lo inocente.

Tal síntesis de la literatura le aconsejaba a Gide, quien escribió: «Je n'écrivis jamais rien de bon, que dans la joie; et par instants je doute s'il en reste encore une seule paillette en mon coeur» *(Journal 1939-1945*, p. 17).

Cortázar baraja instinto-intuición y misterio-ensueño, sedimentación de realidad e invención a ratos guiada, inspirada. Dichosamente. Gozosamente. Sin discutir consigo mismo. Apenas sin tachaduras en los borradores de sus cuentos. O surge el relato, o no viene nada ni nadie a la cita del acto de escribir: «forma y cuento son exactamente la misma cosa. No hay un trabajo reflexivo en el momento de escribir». Lo inventado, ¿es ya dado?

IDAS, VUELTAS Y REVUELTAS

No cree Cortázar en esos escritores que dicen que sufren; que sufren como mártires cuando escriben, «como si estuvieran cumpliendo un inmenso sacrificio». Cabe zaherir por ahí, algunos hasta se ensañan. El dolor en la escritura es signo negativo. Cortázar va mucho más lejos: «en general, no son buenos escritores». A él, desde luego, no le cuesta escribir. ¿Le sucede lo que a Picasso? Sabido es que una de sus humoradas o chorradas, una de sus ocurrencias, a los cuatro vientos lanzaba aquello de que él no buscaba, sino que encontraba. Escribir, porque hay que ponerse a escribir, pero como si ya de antemano estuviesen echados los dados. Jugando. Gozando. O sea, escribiendo. Se pasa a veces el tiempo indagando de modo inconsciente y asimismo en oscuros y luminosos merodeos por lo sub-

consciente, el escritor se las arregla secretamente para que pueda realizar la traslación puntual de algún tema más o menos interior o más o menos exterior (la armonía supone su entendimiento, su mutua y recíproca estructuración). Lo lúcido le da el brazo a lo lúdico. No se sufre. No hay dolor. En resumidas cuentas, no hay parto. O si lo hay, es que es sin dolor. Palabras para todo, hasta para eso, para hablar con el paciente (con la parturienta y con el escritor), suprimiéndose por arte de magia cualquier dolor. Quizá se esté exagerando. Un matiz se busca, andándose tras la temática que se vislumbra en diseño y nada más; lo demás lo da por añadidura el gozo de ponerse a escribir. Cortázar está segurísimo de ello, su aclaración expone la mecánica de la escritura, es la felicidad. A cualquiera le ha dolido escribir y se puede sufrir cuando se escribe: «Pero ahí entra el juego sadomasoquista; es decir, un sufrimiento que entraña un placer.»

La escritura, como la lectura, debe ser la verdad justiciera. Nunca ó casi nunca falla. Pero lo cortés no quita lo valiente. Estoy hablando de esos trasvases desde zonas puras y desconocidas a praderas más apacibles y por eso mismo inocentes, la imaginación pura-irresponsable así tildada por la pluma cortaziana. Todavía no se halla en su fase de narrativa conceptuosa. Se salva rompiendo brumas y tormentas, para que en su prosa cuentística (y narrativa en lo amplio de su obra) se advierta y halle nuestra lectura el caos de la luz, la piel tersa como un espejo del lenguaje escrito al dictado, la sencilla dominación de la ordenación narradora y narrada.

Certidumbre, incertidumbre, aproximaciones que sólo pueden tener un denominador común: lo poético, lo mágico, pese a la inevitable dictadura de la realidad exterior. Realidades en todas las caras (y sus acompañadoras cruces) de la moneda de la literatura. Escribir escribiendo, sintiéndose uno habitado por ayudas manifiestas u ocultas, la alianza de todo seguramente y lo repito una vez más. Cortázar en sus situaciones («bloques», le llama él), la esencialidad fantástica y realista de la vida y del sueño. A sabiendas, dice, «la imposibilidad aristotélica de que las cosas sucedan como suceden en el cuento». Y si se introduce, porque también eso es ineludible, una carga ideológica (borrosa o no), el cuento se muestra en densidad de intención y hasta de intenciones. Baudelaire al canto también: que en la escritura se vuelca apasionadamente lo que nos ajetrea y orienta, nuestra subjetividad irreductible y empecinada.

La escritura con sus atormentadas y tormentosas fases de la creatividad. Con sus pulsiones y sus tensiones, con sus secretas agresividades. Cuando el cuento está logrado, ya no se piensa en lo

que hubo, en la madurez de cuanto colaboró para que se escribiese. El cuento lirondo: su voz. Floración con el reverdecer de tópicos y rituales. Cortázar, como todos los escritores, en sus moradas y en sus alucinaciones. Cuentática alucinógena.

SIMBOLICA DE HUELLAS

¿Le cae bien un balsámico rastreo a lo cortaziano, sus posibles y fertilizadoras raíces?

Eso, en el fondo, a todo escritor le resulta patrimonio heredado, siempre hubo alguien que ya fue escarbando y arando, cuchillo cuya hoja pasaba a lo ancho (y a lo estrecho) de las vetas del suelo y de las piedras Hierbas, hierbajos, junto a espliego y tomillo y romero. Amores de Cortázar, pese a todos los pesares, a pesar de que la subjetivación escritora acabe por dar a luz en narrativa autónoma, en un producto personal y cortaziano, «algo que ha nacido por sí mismo, en sí mismo y hasta por sí mismo», meandros de la personalidad cuentística tras las herencias recogidas en mayor o menor ósmosis influidora.

Articulación de la mutación introspectiva. ¿Hacia dónde fueron las lecturas de Cortázar?

El escritor argentino ha traducido y prologado los cuentos de Edgar Allan Poe (Alianza, Madrid, 1978). ¿Cabe ver ahí un afán de ir río arriba, un deseo —placentero, lógicamente— de adentrarse en un universo narrativo-mágico que le iba a su escritura y a su sensibilidad como guante a la mano y al dedo detalladamente? ¿Llegándose así al manantial primero? Creo que sí, y escoger este o aquel autor para traducir presupone un acuerdo tácito de arrebatada y entrañable aceptación. No se traduce a la pata la llana y es la tracción lo que invita a hacerlo. Me parece que Poe es su maestro (acompañándole en el viaje narrativo Kafka y hasta Whitman y Joyce y los surrealistas). Por puro deleite de la desnudez de las situaciones de magia, por una imaginación atrevida y con riendas sujetas o con riendas sueltas a ratos, desbocándose en determinados momentos la poemática del relato o el comportamiento incontenible de algún personaje. Eso le gusta a Cortázar, tenía que gustarle la narrativa cuentística de Poe, hasta entusiasmarle incluso, y tanto por la belleza del lenguaje como por su clima de alucinaciones, un mundo con tiempo a veces desquiciado y por eso mismo subyugador, una estética atractiva con su caos despilfarrador de lúdicas o problemáticas significaciones.

Hállase en la obra narrativa de Poe lo que se observa en la de Cortázar: rasgos de lo que suele llamarse anormalidad. ¿Locura acaso,

estarse fuera de las fronteras de lo admitido como razonado y como razonable? Algo, sí, algo que en cualquier momento e inesperadamente es un corte, una brecha, un resquicio. Tal vez la presencia de la desnudez, de lo insólito y complementario de todas las ortodoxias. «Esos son los componentes; en cuanto a la mecánica, como se desencadenó, ya sabe que soy incapaz de explicarla, porque yo no la conozco», ratificaba Cortázar en la entrevista ya citada. Un vuelo por regiones cuya exploración no tiene aún mapas y señales. Los cuentos de Poe, excelente revulsivo para la imaginación libre. El empleo de vocabulario como de capa caída y simple es sin llegar, en Cortázar (y tampoco exageradamente en E. A. Poe), al infierno; por lo menos sin que domine lo luciferino.

¿Por terquedad de los juegos del corazón? ¿Por otra trayectoria de su narrativa, heredada de una vieja y menospreciada corriente socioliteraria? Cortázar se resume a sí mismo: «sigo siendo un sentimental y un romántico», prosiguiendo su autodefensa y su libertad autobiográfica de escritor con la frase siguiente: «El hecho de no ser romántico limita mucho una creación literaria; lo deja a uno frente a un mundo mucho más seco, mucho más esquemático» (2).

Vivificación de lo cotidiano y de lo multiplicadamente mágico, aparente sencillez que coexiste con complicadas ceremonias del lenguaje y de la vida y de los sueños. Los ritos (así los denomina Cortázar) que abarcan al cuento como la cabellera de una medusa engatusa al narrador-poeta.

SUEÑOS Y BIOGRAFIA

En cuanto transcurre algo el fluyente tiempo (sin saberse si fue mejor o peor, a despecho de la nostalgia manriqueña, justificada por la muerte de su padre), ya no se sabe a ciencia cierta a qué clavo agarrarse, qué cabos conseguirían atarse. Horizonte con difumino, algo borroso. Se recuerda bastante bien el proceso de lo escrito si hace poco tiempo. Pero luego, y mucho más si es un después tardío... Tijeretazos del olvido. ¿Eso es soñar? ¿Es lo ficticio? ¿Una gozadura de tipo mimético? Acaso la «invasión» que viene al escritor, como decía Cortázar y ya señalé. Los sueños. El ejercicio de los sueños en polifacética tierra de lo imaginario y de lo realista. Imbricación, el poema y el cuento, el cuento-poema, aunque haya alternativas de lo anónimo y de lo autobiográfico. Temáticas candentes y sin embargo incandescentes. Aporta la prosa cortaziana alusiones y corroboracio-

(2) *Conversaciones con Cortázar*, p. 28, Ernesto González, Edhasa, Barcelona, 1978.

nes del «poder exterior» (¿y no asimismo poder oscuro de lo muy interiorizado?, ¿poder mágico y de fuerte poesía?) a sus cuentos, los hace surgir de condiciones humanas, de tiempos desvelados, de dispares actividades, de retazos comprobados y sin comprobar, de contrastes que en su trama ofrecen vitales y soñadoras presencias y vigencias, de memorias recreadoras e innovadoras con cuanto ha ido deslizándose en caudal de arroyuelo o de río verdadero. Una captación de cuanto siembra y cosecha la sensibilidad nunca desmemoriada y enriquecida constantemente por el hecho de soñar. Fecundas iluminaciones, relampagueantes matizaciones que el surrealismo también logró en sus entramadas experiencias. Tiempo confuso o limpio, al igual que las aguas del río o del riachuelo. Los sueños, la poesía, la autenticidad aquí y ahí, lo sugirió asimismo, «dicen que dijo», según Borges (3), el poeta Mallarmé: «Nombrar un objeto es suprimir las tres cuartas partes del goce del poema, que reside en la felicidad de ir adivinando; el sueño es sugerirlo.» Un aprendizaje del «suspense» acaso, y no encarándose con nada, más bien acogiendo dádivas soñadoras en el cuento, en el poema, en el cuento-poema. Escritura en subordinación de hermosa y sugeridora plasticidad. Casi en la fidelidad de un ramillete impresionista cuya simultaneidad de imágenes se asemeja al lenguaje cinematográfico. Un empleo de lo narrativo que hace que se salga del telón mágico de la lectura, que se escape con alas desplegadas para encaminarse a momentos de ensueño, soñando y existiendo y recordando.

El desarrollo de lo intuicional como acogida interpretadora e interpretativa de las situaciones. Como «vaya a saber cómo hubiera podido acabar algo que ni siquiera tenía principio, que se dio en mitad y cesó sin contorno preciso, esfumándose al borde de otra niebla»; como en «nosotros discutíamos a J. P. Faye y a Philippe Sollers, la noche inventó el fuego del asado hasta entonces poco visible entre los árboles, se embadurnó con reflejos dorados y cambiantes que teñían el tronco de los árboles y alejaban los límites del jardín»; como en «empecé a hablar sin saber lo que decía» y «me acerqué no sé cómo, aquí hay huecos y látigos, un agua que corre por la cara cegando y mordiendo, un sonido como de profundidades fragosas, un instante sin tiempo, insoportablemente bello» [«Silvia», en *Relatos* (2) de Alianza, pero que se repercute en mil ejemplos más, fácilmente hallables en serena lectura].

Fascinación de lo reunido y de lo disperso, la admirable alianza en armonía del caos existente y envolvente, Cortázar en su tentativa de aprehender vivencias y sueños, todo eso que vibra y que se escapa

(3) *Discusión*, p. 76, Alianza-Emecé, Madrid-Buenos Aires, 1964-1976.

y que atrae. Como en pintura realista y en pintura impresionista, la energía en descripciones y en escenas cuyo follaje se entremezcla temblorosamente, es decir, poéticamente. El juego de las palabras-imágenes, un arte narrativo breve como fulguraciones del cine, como llamaradas de evocaciones y de visiones.

La trayectoria de la escritura a orillas y dentro de los sueños.

La magia de la génesis en la cuentística y en la cuentítica de Cortázar.

Se afana o se desinteresa el escritor, lo biográfico entra en juego, no cesa de intervenir, «no me lo van a creer, es como en las cintas del biógrafo, las cosas son como vienen y vos las tenés que aceptar, si no te gusta te vas y la plata nadie te la devuelve...» *(El móvil)*. Es suficiente, parece un cuento y en realidad estricta lo es, destino de la condición humana, anonimato de lo puramente individual, la autobiografía que llamea y arde en cualquier relato. El ser humano, soñando, aunque «como sueño era curioso porque estaba lleno de olores y él nunca soñaba olores» *(La noche boca arriba)*. ¿Cómo extrañarse ante voluntarios o involuntarios sueños que aumentan (a ratos, hasta menoscaban) la construcción del cuento, su relajamiento, su amplitud cual ola de sensaciones concéntricas de mayor a menor y viceversa? Un trayecto que tras lo descriptivo alberga fértiles esencialidades. El arte de contar. Los cuentos escritos. Tradición desde remotas reuniones dialogadoras de los hombres. La voz (realidades orales de la humanidad) y el texto impreso (adaptación de esa necesidad tan tradicional). Al fin y al cabo, la vulnerabilidad de todas las soledades del vivir y del soñar.

Acaso le convenga, vistas así las cosas, aplicar a Cortázar lo que él mismo dijo a propósito de E. A. Poe; el lector verá si le parece bien o lo rehúsa. Lo copio, es la frase final del prólogo citado cuando tradujo sus cuentos, al recordar aquellos patéticos en que un escritor se muere, «a las tres de la madrugada del 7 de octubre de 1849», y ya entonces «la leyenda empezó casi en seguida, y a Edgar le hubiera divertido estar allí para ayudar, para inventar cosas nuevas, confundir a las gentes, poner su impagable imaginación al servicio de una biografía mítica».

En lo que respecta a Cortázar, vivito y coleando, en torno a su vida de creador y fabulador, con su obra de excelente estilística ya empezó a moldearse una leyenda (hasta ahora lejos de mediocres etiquetas parcializadoras) y es que sigue alto el estiaje narrativo-poético suyo, sigue alta la impagable imaginación suya al servicio de la cuentística y de la novelística. Hay difusión de minuciosos recuerdos, el escritor se prodiga así y todo se dispersa y actúa como

rosa de los vientos: su memoria y su inventabilidad sobre todo. Cortázar, agua en el pozo, péndulo entre nubes, corazón tras celosías, la luz con su séquito de sombras, una cuentática muy al día y sin olvido de buenas literaturas y de buenos escritores. ¿El peso de la poesía semejante al fiel de la balanza en los relatos? Pudiera ser. De todos modos, por su acierto, la obra cortaziana es una cita lejos o cerca de tumultos que en términos de gran cordialidad se irguieron, se apaciguaron y no cesan de crecer, una obra que nos asedia y nos persigue con sus residencias humanas tanto en lo terrestre como en lo mágico.

Hermosa y atinada introducción musical de la poesía cortaziana.

La serenidad de una prosa cuyo colorido refleja lo que se convierte en leyenda: un cuento con el autor sin escondite posible. ¿Una leyenda? No lo es. Cortázar dice: «Sí, ahí hablo yo en primera persona.» Se trata de un ejemplo, en uno de los cuentos de *Alguien que anda por ahí.* Pero de veras se pasea la biografía cortaziana con su autenticidad de esta u otra realidad por toda su narrativa. Y él añade: «Además, yo sabía que todos mis amigos que están incluidos en ese relato se iban a acordar de las circunstancias.» Pasará el tiempo. Se desdibujarán los datos de tales situaciones. Empezará a dudar el autor. Y persistirá sin cansancio el encaminamiento de la obra, la impagable inventiva de contar al servicio de una biografía real y existente; esto es, cortaziana y anónima; esto es, mágico-mítica.

¿Una historia que se resquebraja alborozadamente para que se vean los cristales y piedrecitas de su unidad mosaical? ¿O los tanteos mánticos de que habló otro autor sudamericano, Saúl Yurkievich? Preguntas en el aire ante la pasión del estilo de contar cortaziano.

Escritura coloquial en un exigente quehacer y hasta rehacer de circunstancias narrativas. ¿Cómo integrarse en la ignorancia de lo heredado, de lo biografiado? Formalizaciones y tradiciones, la realidad discursiva y la que se va almacenando en la imaginación. Recuérdense frases que sitúan esta problemática de ser ahora y de recordar lo sido (aunque fuere por otros, porque necesariamente lo fue por otros, la otredad de algunos y anónimamente de «los demás»). Ahí está Borges: «cada escritor crea a sus precursores». Reiteraciones de lo que encadena, y lo subraya Maurice Blanchot: «la búsqueda de la literatura es la búsqueda del momento que la precede». Narrativa que lleva sus rótulos propios, lo cortaziano como si contara por la primera vez, el cuento que habla y enuncia en espera de acercamientos a sus preguntas, esperándonos allí, en el texto mismo, en su sustancia misma, el cuento que en sí mismo nos aguarda. Tal vez se piense incluso en arrastres aleccionadores del surrealismo. ¿Y por

qué no podría serlo la narrativa biográfica de la operación cortaziana? Sciedad poética, una práctica de la escritura realista-mágica-poética. La modalización progresiva de las situaciones, la trama que rehace lo que se quiere contar, lo que se cuenta.

Las huellas de paisajes de la sangre, las raíces en su arraigo más directo y más encajonado: lo argentino propiamente dicho. ¿Cortázar así? Es, más o menos, la interrogación propuesta por Enrique Pezzoni, compatriota suyo, quien dice que Cortázar descubrió la alegoría del desasosiego que significa ser argentino, citándole concretamente: «Adán es desde siempre el desarraigado de la perfección, de la unidad, de eso que llaman cielo... Su angustia, que nace del desajuste, es en suma la que caracteriza —en todos los planos mentales, morales y del sentimiento— al argentino, y sobre todo al argentino azotado de vientos inconciliables» (4). Al calificársele ahí de «no revoltoso», Cortázar, «que no es ni el rebelde que sus críticos quieren descubrir, es un diestro oficiante en capacidad de imponer al lector visiones que tienen toda la sugerencia del símbolo y la inmediatez de lo existente». ¿Juegos entre amanecida y noche, entre sol y luna, entre claridad y oscuridad como realidades ambas vencedoras? Y Pezzoni cita la síntesis de los cuentos y novelas de Cortázar, reflejos mil en la cosecha desparramada de espejos; lo que escribiera Cortázar: «De hecho, ninguna realidad es concebible en el vacío; el poema más abstracto, la narración más delirante o más fantástica, no alcanzan trascendencia si no tienen una correlación objetiva con la realidad, sólo que ahora se trata de entender la realidad como la vive y la entiende el creador de esas ficciones...», entrevista-polémica reimpresa (5), según se aclara en el citado artículo.

Cortázar. el arraigado y desarraigado «adán de Buenosayres».

MAS VUELTAS

Para proclamar la infatigable y comprometida inocencia (realidad y ficción) del narrador, Cortázar cuentista se une al espacio de evidentes transmutaciones como si se uniese a una mujer. El escritor poseído por comezones de lo mutable, en cambio constante, y así la realidad se muestra espejeante y renovada, tal como Paul Valéry dijera del mar, techo renovado bajo nubes, la historia que se cuenta como domicilio de lo que creemos ordenación de la existencia. Magia, tópico, mito, la palabra nunca descarriada. El orden de sugestiones

(4) «Transgresión y normalización en la narrativa», *Revista de Occidente* núm. 100, julio 1971.

(5) *Literatura en la revolución y revolución en la literatura,* Siglo XXI, México, 1970.

coherentes y asimismo el caos de legitimidad poética. Que, al fin y a la postre, es una opinión que comparto y que expúsose en un enfoque crítico: «De ese modo la escritura de Cortázar consigue lo que pretendía: problematizar nuestra situación sosegada, nuestra seguridad de personas instaladas, desacomodarnos. En tal sentido, esa escritura es programáticamente subversiva.» Palabras que nos llevan a una nueva relectura (6). Una actitud que va al enfrentamiento, desarticulando criterios en uso, el narrador ansía romper comodidades. ¿Inconformismo de la cuentística cortaziana? Creo que es otra la orientación, soñar y denunciar se sintetiza en las mismas razones y sinrazones de lo narrado. Porque Cortázar, sin aspavientos, más bien con delicadeza, se preocupa del tejido socio-inventivo de la realidad, esté donde esté, proponiendo horizontes de estética, una fuerza en los cuentos que desacomoda, acaso, pero más bien por la hermosura verbal. ¿Es la dimensión de lo socio-espacial con su distintivo de lo fantástico?

¿La escritura poema en insistencia machacona que no cansa?

Acúdase al escritor, nos lo confirma: «Sigo creyendo que la supuesta diferencia entre lo fantástico y lo que la gente cree verdadero es una prueba más de que la especie humana erró su camino esencial.» ¿Ansiedad soñadora, vocación primera y última del hombre, su tiernísimo y lejano asidero en la poesía, su aletear de angustia y/o de felicidad en la palabra importante o subsidiaria de todos los días? El sosiego, en la creatividad y en la lectura, ¿qué resonancia puede tener, aparte del placer de forjar un mundo de oscuras interrogaciones? La narrativa cortaziana en sus cuentos se muestra (opinión de ritos y mitos) como texto adámico, como camino de conocimiento. La poesía es eso mismo. ¿Escritura siempre con alas para lo hondo y lo alto y lo escondido? ¿Escritura del cuento-poema sobrepasando los territorios de lo razonado? Alguien ha hablado de una comunicación polifónica, todos los signos actúan y se responden. El cuestionamiento de la ficción es poema. Es incidir en la vida y en la soledad del hombre desde todos los ángulos. La escritura es una hermosa primavera: caminemos.

Quien quiera empaparse de ese lenguaje y de ese ambiente que saboree el cuento *La noche boca arriba.* Secuencias que suelen hallarse en Cortázar. Ahí están *La isla a mediodía, Las puertas del cielo,* etc.

---

(6) Página 16, *J. Cortázar. Antología,* selección y estudio de Nicolás Bratosevich, Librería del Colegio, Buenos Aires, 1975.

En el pórtico cortaziano valga perfilarlo «por su afán de innovación, su enemiga del modo tradicional de narrar, su original expresión que trasluce, supera o evade un cúmulo de lecturas, el intento de llegar a la conquista de lo real por el dominio y creación de un lenguaje» como se lee en el *Diccionario de literatura española,* Ed. Revista de Occidente. La ordenación de ajustes narrativos, como una terapéutica muy al día de dialécticas enriquecedoras con vuelo imaginativo en paisaje de fondo siempre (intensa y crudamente a ratos) realista; incluso deja olor de ozono con los desbocados portazos del rayo y de la tormenta. Un taller para definir a la escritura como sensibilidad e inventiva envueltas en vestidos de oficio poético. Sin que haya código de situaciones definitivas e inmutables. Nada de «dechado de perfección», sino tozuda técnica artística de los cuentos y de la poesía.

¿Escribir, pues, cuentos por escribirlos, mero oficio, escribirlos porque sí? Muy otro camino es el seguido por Cortázar. Obedece a otras exigencias, a lo que da su sentido más hondo a la escritura cuentística y que el escritor recuerda que vio en intento de «decálogo del perfecto cuentista» con firma de Horacio Quiroga (asemejándose algo a R. M. Rilke en su *Cartas a un joven poeta).* Uno de los preceptos «cuenta como si el relato no tuviera interés más que para el pequeño ambiente de sus personajes, de las que pudiste ser uno. No de otro modo se obtiene la vida en el cuento, y esto se subraya en *Del cuento breve y sus alrededores* (7).

Ve Cortázar en estos consejos «la forma cerrada» del cuento, la califica de «esfericidad», completándose su enfoque: «la situación narrativa sí debe nacer y darse dentro de la esfera, trabajando del interior hacia el exterior, sin que los límites del relato se vean trazados como quien modela una esfera de arcilla». ¿Complica Cortázar el arranque y el encaminamiento del cuento? ¿Es que todo está como pre-establecido? No, lo aclara tal vez geométricamente: «el sentimiento de la esfera debe preexistir de alguna manera al acto de escribir el cuento, como si el narrador sometido por la forma que asume se moviera implícitamente en ella y la llevara a su extrema tensión».

Para mí, y dicho de otro modo, la cuentática preludia a la cuentística, lo mismo que la poética alumbra los pasillos del poema.

---

(7) En revista *El Urogallo* núm. 0, Madrid, 1969, recogido luego por Cortázar en *Último round,* Siglo XXI, México-Madrid.

Tampoco es que Cortázar se esté recortando en su oficio, y tampoco se excluye de esa atmósfera del quehacer literario, del taller de la escritura narrativa en su caso. Se refiere al cuento que nace con E. A. Poe, la interiorización vigente del autor combinándose el uso (con exceso o no, es cuestión de metodología) de la primera persona narradora con la tercera persona, como si lo deseable fuese homogeneizar la borrosa y desparramada unidad de los relatos cortos, banalizándolos, anonimándolos, «monótonamente», nos precisa. Y al hacer cuentos no es recurrir a la deshumanización de su arte más intrínseco, sino humanizarlos en grado extremo; lo anónimo es todo el mundo. Un realismo generalizado, y los detalles sirven de luz y de sombra propias.

El escritor argentino busca que su cuento «eche a vivir con una vida independiente». Los personajes no se quedan en las afueras siempre, se incorporan al centro mismo de lo narrado, incluso en vanguardia y en plasmada presencia al aunarse su autarquía más caracterizada, al aunarse y hasta confundirse acción y narración igual que sueño y realidad.

Narración, narrador; poema, poeta; cuento, cuentista. Ecuación de dos orillas con el río —caudaloso o de aguas chichas— por medio. Cortázar inventa su puente, ahí encuentra su lenguaje y su universo, ahí le responde directamente la polarización de la vida y de la escritura. El autor, en una orilla, y lo contado y cantado, en la otra. Escribir, ¿es de algún modo exorcizar, alejar inoportunos invasores? La respuesta es afirmativa, plasmando la existencia auténtica del cuento, esto es, moldeándola, dándole esas alas del vivir y soñar y morir. ¿No simboliza lo más común y lo más diferente, lo más anónimo en cada irrepetible aventura personal? Viene a ser lo que Cortázar refleja en un verso nerudiano que subraya lo iconoclástico, sin exilio, sin nada, en la desnudez metafísica de lo que somos y no somos a la vez:

Mis criaturas nacen de un largo rechazo.

Se vuelve al quehacer, al taller, al oficio. Técnica de agotamiento, la tensión más interiorizada, lo que fascina sin hipotéticas escapatorias. Vivencia de la poética-cuentática. El narrador que fue pasando por experiencias «extenuantes». Por eso Cortázar escribe: «de un cuento así se sale como de un acto de amor, agotado y fuera del mundo circundante, al que se vuelve poco a poco con una mirada de sorpresa, de lento reconocimiento, muchas veces de alivio y tantas otras de resignación».

¿Escritura con sagre y savia por detrás de las palabras? Cortázar evoca ese *état second* para canalizar supuestas racionalizaciones y evidentes signos de magia (o misterio, o poesía, o inspiración, o irracionalidad, o lo que fuere), va llegando a la génesis del escribir citando palabras de Rimbaud: «*la sinfonía se agita en la profundidad*». ¿Horno y su cochura? ¿Por qué no? Lo que en el cuento va cobrando vida (o lejanía vivencia o inmediatez) nunca se sabe de antemano por mucho que se quiera sujetar las riendas del lenguaje, ese hermosísimo caballo en su plenitud gozosa de libertad.

Llégase así a una importante precisión: «*no hay diferencia genética entre este tipo de cuentos y la poesía como la entendemos a partir de Baudelaire*». Yo mismo fui retocando criterios y enfoques para quedarme con lo del cuento-poema, con lo de cuentática-poesía, y es que acepto y comparto tal estructuración narradora y narrativa, la que presenta el arte cortaziano. Cuentos, una arquitectura con lo que en los días se teje y entreteje. No caben bosquejos más que los defendidos por una cierta inalterabilidad. Siempre lo invariablemente nuevo, porque conocido. Una realidad de carne y hueso y ensueños.

Lo cortaziano: una mirada sin objetividad alguna. Una mirada apasionada. Traduciéndose en una escritura apasionante.

La aclaración ante los cuentos propiamente dichos, Cortázar «introduciéndose» en la citada antología de Bratosevich: «La tarea de ablandar el ladrillo todos los días, la tarea de abrirse paso en la masa pegajosa que se proclama mundo, cada mañana al topar con el paralelepípedo de nombre repugnante, con la satisfacción perruna de que todo esté en su sitio, la misma mujer al lado, los mismos zapatos, el mismo sabor de la misma pasta dentífrica, la misma tristeza de las casas de enfrente, del sucio tablero de ventanas del tiempo...» ¿No se adivinan reacciones cortazianas a su propio dilema? Una cierta desgana y, sobre todo, una crítica que no rechaza lo ético. Pero todo es duro, casi despiadado. ¿Es ese «meter la cabeza como un toro desganado contra la masa transparente en cuyo centro tomamos café con leche y abrimos el diario para saber lo que ocurrió en cualquiera de los rincones del ladrillo de cristal», incluso reflexionando para «negarse a que el acto delicado de girar el picaporte, ese acto por el cual todo podría transformarse, se cumpla con la fría eficacia de un reflejo cotidiano»? Cortázar escribe así, y lo mejor es no tomar las cosas por la tremenda, aunque tampoco a la pata la llana: «Hasta luego, querida. Que te vaya bien.»

¿Que nos venga bien el mundo? ¿Insurrección denunciadora del escritor, o fase de aguda comicidad? Léase *Alguien que anda por ahí* y también *Octaedro*, todo en lento crecer narrativo, lo nocturno y lo

solar, entreabriéndose a ratos las puertas del miedo, los deslizamientos de quienes habitan en tensiones. Realidades y posibilidades que andan al acecho «y no que esté mal si las cosas nos encuentran otra vez cada día y son las mismas...». Se advierte en seguida la urgente necesidad de que se incorporen a la existencia (vida y sueño) las innegables y fosforescentes fuerzas imaginativas.

Por lo tanto, y con creces, cuentística apropiada a la utópica libertad. Cortázar es escritor y no hombre político. El error «consistiría en querer condicionar una literatura o un arte a las necesidades inmediatas... Se rebasa el presente de aquel que escribe, y precisamente así es como la creación más audaz se vuelve acto revolucionario, en la medida en que éste se adelanta siempre y por definición al presente y va hacia el hombre nuevo» (8).

Un taller placentero, nos lo recalca infantilmente, «escribir me ha hecho muy feliz». El imbroglio de la escritura con ficción y autenticidad, lo luminoso del quehacer vocacional que por dentro nos va alumbrando a todos cuantos escribimos, en prosa y en verso, con la llama ahondadora de la poesía que Unamuno veía en nuestra sensibilidad más inflexiblemente nuestra. Escribir y leer. Reuniéndonos todos. «El título es la clave del cuento, es su final», dijo Cortázar. Sigámosle. Al empezar y al acabar. A sabiendas de que hay que horadar en los cuentos para llegar a su cuentática. Desde dentro.

JACINTO-LUIS GUEREÑA

37, Avenue Marcel Castié
83000 Toulon (Var-Côte d'Azur)
FRANCIA

(8) J. Cortázar: «Viaje alrededor de una mesa», *Cuadernos de Rayuela*, Buenos Aires, 1970.